

Jolanta

POR EDUARDO R. HUCHIM*

El 20 de octubre de 1943, Irena Sendler, alias *Jolanta*, fue detenida por la Gestapo y llevada a la prisión de Pawiak, donde fue cruelmente torturada y en la que una estampa de Jesús con la jaculatoria “En vos confío”, hallada en un colchón de paja, fue su único consuelo. Como no reveló datos sobre la resistencia polaca contra la ocupación por la Alemania nazi, se le condenó a muerte, y al ser llevada para ejecutarla fue liberada por el soldado que la iba a matar. Según una versión romántica, el soldado se había sumado a la resistencia; según otra, pragmática, fue sobornado por ésta. Como quiera, la mujer, entonces de 33 años, salvó la vida, si bien vivió atada a una silla de ruedas.

Las historias sobre *Jolanta* discrepan en el detalle, pero coinciden en lo esencial: el valor y la generosidad de esta mujer polaca, virtudes que pusieron en riesgo su vida. Su historia comenzó en 1939, cuando las tropas de Hitler invadieron Polonia e Irena era enfermera y/o trabajadora social en el Departamento de Bienestar Social de Varsovia, que manejaba los comedores comunitarios de la ciudad. Cuando los nazis crean el

gueto de Varsovia, Irena se une al Zegota (Consejo para la Ayuda de Judíos), adopta el sobrenombre de *Jolanta*, Yolanda en español, y emprende de inmediato una tarea vital y peligrosa: su éxodo particular de niños que, de no haber salido, habrían sido asesinados sin remedio.

Irena lo cuenta así: “Conseguí, para mí y mi compañera Irena Schultz, identificaciones de la oficina sanitaria, una de cuyas tareas era la lucha contra las enfermedades contagiosas. Más tarde pude conseguir pases para otras colaboradoras. Como los alemanes invasores tenían miedo de que se desatara una epidemia de tifo, toleraban que los polacos controláramos el recinto”.

Ese control le permitió sacar del gueto a 2 mil 500 niños de maneras sofisticadas e imaginativas: ambulancias, carretillas de infectados, cestos de basura, cargamentos de mercancías, cajas de herramientas, costales de papas e incluso ataúdes. Pero *Jolanta* no sólo salvó las vidas de los niños, que al dejar el gueto fueron adoptados por familias o bien llevados a orfanatorios, sino también preservó sus identidades, mediante un cuidadoso registro de ellas. En 1944, durante la rebelión de Varsovia, colocó registros en dos frascos de vidrio y los enterró en

el jardín de su vecina para asegurarse de que llegarían a las manos indicadas si ella moría. Al finalizar la guerra —dice Wikipedia—, Irena misma los desenterró y le entregó las notas al doctor Adolfo Berman, el primer presidente del comité de salvamento de los judíos sobrevivientes. La mayor parte de las familias de los niños habían muerto en los campos de concentración nazis, pero ellos pudieron conocer sus orígenes.

Igual que su vida, la muerte de *Jolanta* en un hospital de Varsovia, el 12 de mayo a los 98 años, fue de bajo perfil. La noticia no apareció en las primeras planas de los diarios ni figuró en muchos noticiarios. Merecía el Premio Nobel de la Paz, pero en 2007, cuando fue postulada, le ganó Al Gore.

Tan bajo fue su perfil, que su hazaña permaneció por décadas en el anonimato. No era algo que le preocupara. Cuarenta años de dominación comunista en Polonia mantuvieron fuera del conocimiento público la proeza de *Jolanta*, la cual finalmente se divulgó en Polonia y empezó a generar reconocimientos oficiales y de los niños que había salvado o de los hijos de éstos. En 1999, estudiantes de Kansas que preparaban un trabajo

sobre los héroes del Holocausto dieron con ella y propiciaron la difusión mundial de su heroísmo.

A *Jolanta* no le importaba la fama ni le gustaba ser considerada una heroína, pero es posible que una y otra caracterizaciones le sean pronto connaturales, porque ya en Hollywood Jeff Rice y Jeff Most trabajan en una cinta sobre su vida. Tal vez pase con ella lo que con Oskar Schindler, tras el célebre filme de Steven Spielberg.

“El término heroína me irrita enormemente. Continúo teniendo remordimientos de conciencia por haber hecho tan poco”, comentó en una de sus últimas entrevistas, como lo informó Reuters.

Mark Edelman, el último comandante sobreviviente del levantamiento del gueto de Varsovia, dijo sobre *Jolanta*: “Las personas que salen en defensa de otros, de los débiles, son poco comunes. El mundo sería un lugar mejor si hubiera más como ellos”. ¶



* Periodista y escritor. De 1999 a 2006 fue miembro del Consejo General del IEDF
omnia@gmail.com



Interpretar la política

POR GUILLERMO MERELO*

La política como ciencia, arte o simple y llanamente como ostentación del poder se ve en sí misma como término polivalente y, por lo tanto, interpretable desde muchos ángulos.

Lawrence dijo: “cree al cuento y no al cuentista”. Tan atinada prescripción aplica a la política, a esa acción que desarrollan personajes con motivos muchas veces oscuros, inconfesables, y cuya interpretación parece hoy día brotar desesperadamente de sus propios labios como acto de justificación, rara vez de contricción.

Por supuesto, la interpretación debe diferenciarse de la argumentación, como la *política de las políticas*. La argumentación es el ejercicio racional estricto que da vida a hechos coherentes; la interpretación es el uso de la nada para intentar llenar un algo que nunca existió.

Nuestros políticos usan la interpretación para entenderse o, al menos, para pretender hacerlo y así proteger sus intereses.

Los ciudadanos interpretan la política con base en los medios de comunicación y éstos la interpretan, la mayor parte del tiempo, con base en lo vacuo, en lo llamativo, en los vericuetos de la violencia verbal, del deslengué de sus propios personajes.

Pero ese espacio subjetivo, al que la interpretación de la política se debe, es en sí mismo doloso por naturaleza. Es una clarísima respuesta a modo. No en vano en el pasado sexenio foxista el gobierno federal tuvo que recurrir, en diversas ocasiones, al uso de intérpretes, farautes¹ que se esforzaban en aclarar a los gobernados el sentido de acciones y declaraciones, caracterizadas por un factor homogéneo: la opacidad en su construcción.

Porque la interpretación varía con los vientos que soplan en el ambiente social. Cuando se buscan votos, se defiende a ultranza la propiedad del petróleo; cuando se buscan apoyos políticos, se defiende la sustentabilidad futura de este combustible a través de la participación de empresas privadas. Ni uno ni otro argumento son reales, ya que en su empleo se ubica su mayor debilidad, su cáncer. (Hoy apoyamos el matrimonio homosexual como símbolo de la tolerancia, mañana posponemos la discusión sobre la transsexualidad porque la tolerancia tiene límites. Pobres ilusos somos).

¿Es que hay que tomar por los hombros y sacudir violentamente a nuestra clase política para intentar llegar a la raíz de sus motivos? En la raíz se oculta el caos; en la interpretación, la calma. Esta idea, robada de muchos autores, es bien aplicada en el terreno de lo público.

Si los mexicanos nos visualizamos a nosotros mismos como “gente derecha” —que no “gente de derecha”—, entonces ¿qué es lo que hace que las acciones de nuestros políticos sean interpretadas por ellos mismos? Por supuesto, no faltará quien universalice el fenómeno —y tendrá razón, una razón no sólo histórica sino globalizada—, pero al final del día siempre quedará un resabio derivado de quien pretende interpretarse.

El gobierno foxista tuvo que recurrir al uso de intérpretes, farautes que se esforzaban en aclarar a los gobernados el sentido de acciones y declaraciones

Que sean los ciudadanos quienes interpreten la política es un elemento deseable en la construcción de una ciudadanía crítica e informada. Que los políticos se interpreten a sí mismos... es simplemente un síntoma de la podredumbre del sistema. ¶

¹*Faraute*, según la Real Academia Española, es el “encargado de llevar y traer mensajes entre personas distantes y que se fían de él”. Se aplica a un vocero oficial porque otra de sus acepciones es la de “actor que en la comedia recitaba o representaba el prólogo o introducción de ella, que después se llamó loa”. Aunque su significado más directo —y lacónico— es justamente el de “intérprete”.

*Se ha desempeñado en diversos cargos de alto nivel en los institutos electorales federal y del DF. Es maestro en políticas públicas y actualmente cursa una maestría en sistemas de calidad y productividad

